

vida, que para mí tengo, que ántes llegaré ella á su último término, que tú caygas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: señor mio, yo confieso, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si Vuesa Merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa Merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia, mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Qui-

xote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso diéron los ojos al sueño, y al salir del alba siguiéron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quixote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono

de Maese Pedro le había dicho , que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira , él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas , bien al revés de Sancho , que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos , ni otras xarcias algunas , que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quixote á todas partes , y no vió persona alguna , y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante , y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio , y que á entrámbas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo , ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quixote : has de saber , Sancho , que este barco que aquí está , derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario , me está llamando y convidando á que entre en él , y vaya en él á dar socorro á algun caballero , ó á otra necesitada y principal persona , que debe de estar puesta en alguna grande cuita , porque este es estilo de los libros ³ de las historias caballerescas , y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican , quando

algun caballero está puesto en algun trabajo , que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero , puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas , ó le arrebatan en una nube , ó le deparan un barco donde se entre , y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan , ó por los ayres , ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda : así que , ó Sancho , este barco está puesto aquí para el mesmo efecto : y esto es tan verdad , como es ahora de día , y ántes que este se pase , ata juntos al rucio y á Rocinante , y á la mano de Dios que nos guie , que no dexaré de embarcarme , si me lo pidiesen frayles descalzos. Pues así es , respondió Sancho , y Vuesa Merced quiere dar á cada paso en estos , que no sé si los llame disparates , no hay sino obedecer y baxar la cabeza , atendiendo al refran ⁴ : haz lo que tu amo te manda , y siéntate con él á la mesa ; pero con todo esto , por lo que toca al descargo de mi conciencia , quiero advertir á Vuesa Merced , que á mí me parece , que este tal barco no es de los encantados , sino de algunos pescadores deste rio , porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bes-

tias Sancho ; dexándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quixote le dixo, que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales , que el que los llevaria á ellos por tan longinqüos caminos y regiones , tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logiqüos , dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinqüos , respondió Don Quixote , quiere decir apartados ; y no es maravilla que no lo entiendas ; que no estás tu obligado á saber latin , como algunos que presumen que lo saben , y lo ignoran. Ya están atados , replicó Sancho ; que hemos de hacer ahora ? Que ? respondió Don Quixote : santiguarnos y llevar ferro , quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado : y dando un salto en él , siguiéndole Sancho , cortó el cordel , y el barco se fué apartando poco á poco de la ríbera , y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio , comenzó á temblar temiendo su perdicion ; pero ninguna cosa le dió mas pena , que el oír roznar al rucio , y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse , y dixole á su señor : el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia , y Roci-

nante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. O carisimos amigos, quedaos en paz ; y la locura que nos aparta de vosotros , convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia , y en esto comenzó á llorar tan amargamente , que Don Quixote mohino y colérico le dixo : ¿ de que temes , cobarde criatura ? ¿ de que lloras , corazon de mantequillas ? ¿ quien te persigue , ó quien te acosa , ánimo de raton casero ? ¿ ó que te falta , menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia ? ¿ por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas rifeas , sino sentado en una tabla como un Archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado ? Pero ya hemos de haber salido y caminado por lo ménos setecientas ó ochocientas leguas , y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo , yo te dixera las que hemos caminado , aunque , ó yo sé poco , ó ya hemos pasado , ó pasaremos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y quando lleguemos á esa leña , que Vuesa Merced dice , preguntó Sancho : quanto habremos caminado ? Mucho , replicó Don

Quixote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra segun el computo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe; la mitad habrémos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que Vuesa Merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto, y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé como. Ríose Don Quixote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al computo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dixole: sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es, que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el baxel le hallarán, si le pesan á oro: y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldrémos desta duda, y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que Vuesa Merced me manda, aunque no sé para que hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos ha-

bemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dexámos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal, que no nos movemos, ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente, que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imágenes hemos dexado atras y vamos dexando ahora. Y tórnote á decir, que te tientes y pesques, que yo para mí tengo, que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró á su amo y dixo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde Vuesa Merced dice, ni con muchas leguas. ¿Pues que, preguntó Don Quixote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los

dedos, se lavó toda la mano en el río, por el qual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entónces y suave. En esto descubriéron unas grandes aceñas, que en la mitad del río estaban, y apenas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo á Sancho: ves, allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo, ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna Reyna, Infanta, ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído. ¿Que diablos de ciudad, fortaleza, ó castillo dice Vuesa Merced, señor? dixo Sancho: ¿no echa de ver, que aquellas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho, que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á cami-

nar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que viéron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres ¿donde vais? ¿venis desesperados? ¿que, quereis ahogarnos y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dixé yo, Sancho, dixo á esta sazón Don Quixote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira que de mandrines y follones me salen al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feascadaduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos, y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dexad en su libertad y libre alvedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza, ó prision teneis oprimida, alta, ó baxa, de qualquiera suerte, ó calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está re-

servadó por órden de los altos Cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y conienzó á esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quáles oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho ^s de rodillas pidiendo devotamente al Cielo le librase de tan manifiesto ^o peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dexasen de trastornar el barco, y dar con Don Quixote y con Sancho al través en el agua; pero vinole bien á Don Quixote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrámbos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria, le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los

pescadores, dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quixote se lo pagase: el qual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dixo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion, que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Que personas, ó que castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiere llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna: y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, qualesquiera que seais, que en esa prision quedaís encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la

vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas, dáremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quixote les decia, y temiéndolos por locos les dexáron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quixote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á Don Quixote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero,

pareciéndole que todo lo que del se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo, y se apartáron del famoso rio, Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas, ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temia. Sucedió pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo último del vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren, ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á Don Quixote,

ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dixo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *Caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura: y que si su grandeza me da licencia, se las irá á besar, y á servirla en quanto mis fuerzas pudieren y Su Alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le habeis el encaxador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quixote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo Don Quixote, ve en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la be-

lla cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dixo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *Caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársele vuestra Señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho en hora buena á servirse de mi y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tene-

mos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el *Caballero de la Triste Figura*, y que si no le habia llamado *el de los Leones*, debía de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe) de cidme, hermano escudero ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo que anda, ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado, y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contenta me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le

habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donayre y cortesía. Don Quixote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil dentuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que Don Quixote llegaba toda la embaxada suya, y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en quanto les dixese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviere, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerias que ellos habian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio, se le asió un pie en una sogá del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en

costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo , pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele , descargó de golpe el cuerpo , y llevóse tras sí la silla de Rocinante ; que debia de estar mal cinchado , y la silla y él viniéron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho , que aun todavía tenia el pie en la corma. El Duque mandó á sus cazadores , que acudiesen al caballero y al escudero , los quales levantáron á Don Quixote maltrecho de la caída , y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores ; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera , ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á Don Quixote , diciéndole : á mí me pesa , señor *Caballero de la Triste Figura* , que la primera que Vuesa Merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto ; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros , valeroso Príncipe , respondió Don Quixote , es imposible ser malo , aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos , pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero , que Dios maldiga , mejor desata

la lengua para decir malicias , que ata y cincha una silla para que esté firme ; pero como quiera que yo me halle , caído , ó levantado , á pie , ó á caballo , siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa , digna consorte vuestra , y digna señora de la hermosura , y universal Princesa de la cortesía. Pasito , mi señor Don Quixote de la Mancha , dixo el Duque , que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso , no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo , y hallándose allí cerca , ántes que su amo respondiese , dixo : no se puede negar , sino afirmar , que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso , pero donde ménos se piensa se levanta la liebre , que yo he oido decir , que esto que llaman naturaleza , es como un alcaller que hace vasos de barro , y el que hace un vaso hermoso , tambien puede hacer dos y tres y ciento : dígolo , porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse Don Quixote á la Duquesa , y dixo : vuestra grandeza imagine , que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador , ni mas gracioso del que yo tengo , y él me

sacará verdadero , si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. Á lo que respondió la Duquesa : de que Sancho el bueno sea gracioso , lo estimo yo en mucho , porque es señal que es discreto , que las gracias y los donayres , señor Don Quixote , como Vuesa Merced bien sabe , no asientan sobre ingenios torpes : y pues el buen Sancho es gracioso y donayroso , desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador , añadió Don Quixote. Tanto que mejor , dixo el Duque , porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras : y porque no se nos vaya el tiempo en ellas , venga el gran Caballero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir Vuestra Alteza , dixo Sancho , que ya no hay triste figura. El seguro sea el de los Leones , prosiguió el Duque : digo , que venga el señor Caballero de los Leones á un castillo mio , que está aquí cerca , donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente , y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante , y subiendo en él Don Quixote , y el Duque en un hermoso caballo , pusieron á la Duquesa en medio , y

encamináron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho , que fuese junto á ella , porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho , y entretexióse entre los tres , y hizo quarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque , que tuviéron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho , viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa , porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio , siempre aficionado á la buena vida , y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y quando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia , que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen , se adelantó el Duque y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quixote , el qual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo , al instante salieron dél dos lacayos ó palafre-

neros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quixote en brazos, sin ser oído, ni visto, le dixéron: vaya la vuestra grandeza á apeara á mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender, ó baxar del palafren, sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á Don Quixote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: bien sea venido la flor y ⁹ la nata de los caballeros andantes, y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote y sobre los Duques, de todo lo qual se admiraba Don Quixote, y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los

tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dexaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la Duquesa había salido, y con voz baxa le dixo: señora Gonzalez, ó como es su gracia de Vuesa Merced. Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿que es lo que mandais, hermano? Á lo que respondió Sancho: querria que Vuesa Merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: Vuesa Merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os truxo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbres á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote quando de Bretaña vino, *que damas cura-*

han dél y dueñas del su rocino, y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá Vuesa Merced la quíno-la de sus años por punto ménos. Hijo de puta, dixo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja, ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, haré de ajos: y esto dixo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quien las habia. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo, que está á la puerta del castillo, trayéndome por exemplo, que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quantas pudieran decirme, y hablando con San-

cho, le dixo: advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixere por tanto; solo lo dixere, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oia, le dixo: ¿pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. Á lo que dixo el Duque: Sancho está ¹⁰ muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado ¹¹, á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su mesma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á Don Quixote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quixote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de

lo que habian de hacer , y de como habian de tratar á Don Quixote , para que imaginase y viese , que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quixote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza , seco , alto , tendido , con las quijadas que por dentro se besaba la una con la otra , figura que á no tener cuenta las doncellas , que le servian , con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado) reventaran riendo. Pidiéronle que se dexase desnudar para ponerle una camisa ; pero nunca lo consintió , diciendo , que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes , como la valentía. Con todo dixo , que diesen la camisa á Sancho , y encerrándose con él en una quadra donde estaba un rico lecho , se desnudó , y vistió la camisa , y viéndose solo con Sancho , le dixo : dime , truhan moderno y majadero antiguo ¿ parécete bien deshonorar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella ? ¿ tiempos eran aquellos para acordarte del rucio ? ó ¿ señores son estos para dexar mal pasar á las bestias , tratando tan elegantemente á sus dueños ? Por quien Dios es , Sancho , que te repor-

tes y que no descubras la hilaza , de manera que caygan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira , pecador de ti , que en tanto mas es tenido el señor , quanto tiene mas honrados y bien nacidos criados , y que una de las ventajas mayores que llevan los Príncipes á los demas hombres es , que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿ No adviertes , angustiado de ti , y malaventurado de mí , que si ven que tú eres un grosero villano , ó un mentecato gracioso , pensarán que yo soy algun echacuervos , ó algun caballero de mohatra ? No , no , Sancho amigo : huye , huye destes inconvenientes , que quien tropieza en hablador y en gracioso , al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado : enfrena la lengua , considera y rumia las palabras , ántes que te salgan de la boca , y advierte que hemos llegado á parte , donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca , ó morderse la lengua , ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba , y que descuidase acerca de lo tal , que nunca por él se descubriría quien

ellos eran. Vistióse Don Quixote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manto de escarlata á cuestras, púsose una montera de raso verde, que las doncellas le diéron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le diéron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegáron doce pages con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y magestad le lleváron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa, con solos quatro servicios. La Duquesa y el Duque saliéron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave Eclesiástico destos que gobiernan las casas de los Príncipes, destos que como no nacen Príncipes, no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son, destos que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrechez de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo, que debía de ser el grave Religioso, que con los Duques salió á recibir á Don Quixote. Hiciéronse mil cortesés comedimien-

tos, y finalmente cogiendo á Don Quixote en medio, se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos Príncipes le hacian, y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasáron entre el Duque y Don Quixote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dixo: si Sus Mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apénas hubo dicho esto ¹² Sancho, quando Don Quixote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necesidad. Miróle Sancho y entendióle, y dixo: no tema Vuesa Merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha Vuesa Merced me dió sobre el hablar mucho, ó poco, ó bien, ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quixote: di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que

quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quixote que está presente, no me dexará mentir. Por mí, replicó Don Quixote, miente tú, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré á la mano, pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo ¹³, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva Vuestra ¹⁴ Santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya, y el cuento que quiero decir es este: convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro Lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Tomasiello el travieso, el hijo de Balvastro el her-

rero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dixo el Eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hacerme á mí placer, ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dixo á esta sazón el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. Á ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y

por mas señas dicen , que hizo una muer-
te de un Angel , que yo no me hallé pre-
sente , que habia ido por aquel tiempo á
segarr á Tembleque. Por vida vuestra , hi-
jo ¹⁵, que volvais presto de Tembleque , y
que sin enterrar al hidalgo , si no quereis
hacer mas exéquias , acabéis vuestro cuen-
to. Es pues el caso , replicó Sancho , que
estando los dos para asentarse á la mesa,
que parece que ahora los veo mas que nun-
ca... Gran gusto recibian los Duques del
disgusto que mostraba tomar el buen Reli-
gioso de la dilacion y pausas con que San-
cho contaba su cuento , y Don Quixote se
estaba consumiendo en cólera y en rabia.
Digo así , dixo Sancho , que estando , como
he dicho , los dos para asentarse á la mesa,
el labrador porfiaba con el hidalgo , que to-
mase la cabecera de la mesa , y el hidalgo
porfiaba tambien que el labrador la tomase,
porque en su casa se habia de hacer lo que
él mandase ; pero el labrador que presu-
mia de cortes y bien criado , jamas qui-
so , hasta que el hidalgo mohino , ponién-
dole ámbas manos sobre los hombros , le
hizo sentar por fuerza , diciéndole : sen-
taos , majagranzas , que adonde quiera que
yo me sienta será vuestra cabecera , y es-
te es el cuento , y en verdad que creo,

que no ha sido aquí traído fuera de pro-
pósito. Púsose Don Quixote de mil colo-
res , que sobre lo moreno le jaspeaban y
se le parecian. Los señores disimularon la
risa , porque Don Quixote no acabase de
correrse , habiendo entendido la malicia de
Sancho , y por mudar de plática y hacer
que Sancho no prosiguiese con otros dis-
parates , preguntó la Duquesa á Don Qui-
xote , que que nuevas tenia de la señora
Dulcinea , y que si le habia enviado aque-
llos dias algunos presentes de gigantes , ó
malandrines , pues no podia dexar de ha-
ber vencido muchos. A lo que Don Qui-
xote respondió : señora mia , mis desgra-
cias , aunque tuviéron principio , nunca
tendrán fin. Gigantes he vencido , y follo-
nes y malandrines le he enviado : ¿ pero
adonde la habian de hallar , si está encan-
tada y vuelta en la mas fea labradora que
imaginarse puede? No sé , dixo Sancho
Panza : á mi me parece la mas hermosa
criatura del mundo , á lo ménos en la lige-
reza y en el brincar bien sé yo que no da-
rá ella la ventaja á un volteador : á buena
fe , señora Duquesa , así salta desde el sue-
lo sobre una borrica , como si fuera un ga-
to. ¿ Habéisla visto vos encantada , Sancho?
preguntó el Duque. Y como si la he vis-

to, respondió Sancho, ¿pues quien diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole, que era disparate leer tales disparates, y enterándose ser verdad, lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quixote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo, que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quixote, le dixo: y á vos, alma de cántaro; quien os ha encaxado en el cerebro, que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar

vagando por el mundo papando viento y dando que reir á quantos os conocen y no conocen. ¿En donde, nora tal habeis vos hallado, que hubo, ni hay ahora caballeros andantes? ¿Donde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quixote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta capitulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quixote á su reprehensor, con otros graves y gratiosos sucesos.

Levantado pues en pie Don Quixote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dixo: el lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que Vuesa Merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he di-

cho, como por saber que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con Vuesa Merced, de quien se debía esperar ántes buenos consejos, que infames vituperios. Las reprehensiones santas¹⁶ y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, digame Vuesa Merced ¿por qual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi muger y de mis hijos, sin saber si la tengo, ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilage; sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar

leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviera por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baxa, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes.

Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no diga mas Nueva Merced, Señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay caballeros andantes: que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dixo el Eclesiástico: sois vos, hermano, aquel Sancho Panza, que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una Insula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera: soy quien jústate á los buenos, y serás uno dellos, y soy yo de aquellos, no con quien naces, sino con quien paces, y de los, quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando ⁴⁷ en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo, y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán Imperios que mandar, ni á mí

Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo á esta sazón el Duque, que yo en nombre del señor Don Quixote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies á Su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho; lo qual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: por el hábito que tengo, que estoy por decir, que es tan sandio Vuestra Excelencia, como estos pecadores: mirad sino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese Vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar, y sin decir mas, ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir y dixo á Don Quixote: Nueva Merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no

agravan las mugeres, no agravan los eclesiásticos, como Vuesa Merced mejor sabe. Así es, respondió Don Quixote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mugeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor Vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta, el agravio puedé venir de qualquier parte, sin que afrente. Sea exemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espalda y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrários se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado: y lo mesmo confirmará otro exemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándose los huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera

quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le diéron á traycion: afrentado, porque el que le dió, sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas, y á pie quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que esperar, y lo mesmo los constituidos en la sacra religion, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco ha dixé, que yo podia estar agraviado, agora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar, por las cuales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está, en pensar y decir, que no ha habido, ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien á Su Merced. Eso juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le

hubieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto, que si Reynáldes de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Percia de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente Don Quixote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquissimas y riquissimas tohallas al hombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de xabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donayre y desenvoltura encaxó la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza

de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y asi tendio la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del xabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran ménos blancas las xabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en que habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, quando le tuvo con un palmo de xabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuése por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizolo así, y quedó Don Quixote con la mas extraña figura y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de xabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos baxos sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la có-

lera y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quixote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quixote, y luego la que traia las tohallas le limpió y le enxugó muy reposadamente, y haciéndole todas quatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quixote, y dándose prieta, le lavaron y xabonaron muy bien, y dexándole enxuto y limpio, haciendo reverencias se fuéron. Despues se supo, que habia jurado el Duque, que si él no le lavaran como á Don Quixote, habia de castigar su desenvoltura, la qual habian enmendado discretamente con haberle á él xabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: válame Dios; si será también usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros? porque

en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja, lo tendria á mas beneficio. ¿Que deis entré vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros Principes, siempre he oido decir, que en levantando los manteles dan agua á las manos; pero no lexia á las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos ántes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que será. Mirad, maestresala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quixote hablando en muchas y diversas cosas; pero todas tocantes al exercicio de las armas y de la andante cabz-

llería. La Duquesa rogó á Don Quixote, que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toso, que segun lo que la famaregonaba de su belleza, tenia por entendido, que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dixo: si yo pudiera sacar mi corazon y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para que es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros, que de los míos, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronce, y la retorica ciceroniana y demostina, para alabarla? ¿Que quiere decir demostina, señor Don Quixote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Re-

tórica demostina, respondió Don Quixote, es lo mismo que decir, retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dixo el Duque, y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor Don Quixote, si nos la pintase, que á buen seguro, que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan invidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió Don Quixote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia, que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla, porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toso en una villana de Sayago. ¿Válame Dios! dando una gran voz, dixo á este instante el Duque; quien ha sido el que

tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quien ha quitado del la belleza que le alegraba, el donayre que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quien? respondió Don Quixote: ¿quien puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren, donde ven que mas lo siento, porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama, es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dixo la Duquesa: pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quixote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplau-

so de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca Vuesa Merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica que Vuesa Merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió Don Quixote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica, ó no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga en si las partes que pueden hacerla famosa en todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortes, cortes por bien criada, y finalmente alta por linage, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dixo el Duque: pero hame de dar licencia el señor Don Quixote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, ha donde se infiere, que puesto que se con-

ceda, que hay Dulcinea en el Toboso, ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que Vuesa Merced nos la pinta, en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que Vuesa Merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras: y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas, que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser Reyna de corona y cetro: que el merecimiento de una muger hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto Vuesa Merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un

tal caballero, como es el señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni sé encarecer. Pero no puedo dexar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé que de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, quando de parte de Vuesa Merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice, que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas, ó las mas cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso, y como es cosa ya averiguada, que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podía ser ferido, sino por la planta del pie izquierdo, y que esto habia de

ser con la punta de un alfiler gordo , y no con otra suerte de arma alguna : y así quando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles , viendo que no le podía llegar con fierro , le levantó del suelo entre los brazos y le ahogó , acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteon , aquel feroz gigante , que decían ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho , que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas , no del no poder ser ferido , porque muchas veces la experiencia me ¹⁹ ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables , ni la de no poder ser encantado , que ya me he visto metido en una jaula , donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme , sino fuera á fuerzas de encantamientos. Pero pues de aquel me libré , quiero creer que nó ha de haber otro alguno que me empezca : y así viendo estos encantadores , que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas , vénganse en las cosas que mas quiero , y quieren quitarme la vida , maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo : y así creo , que quando mi escudero le llevó mi embaxada , se la convirtieron en villana y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo ; pero ya tengo

yo dicho , que aquel trigo ni era rubion , ni trigo , sino granos de perlas orientales : y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes , como viniendo poco ha por el Toboso , jamas pude hallar los palacios de Dulcinea , y que otro dia habiéndola visto Sancho mi ²⁰ escudero en su mesma figura , que es la mas bella del orbe , á mí me pareció una labradora tosca y fea , y no nada bien razonada , siendo la discrecion del mundo : y pues yo no estoy encantado ²¹ , ni lo puedo estar segun buen discurso , ella es la encantada , la ofendida y la mudada , trocada y trastrocada , y en ella se han vengado de mí mis enemigos , y por ella vivirá yo en perpetuas ²² lágrimas , hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho , para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido , ni del ahecho de Dulcinea , que pues á mí me la mudaron , no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida y de los hidalgos linages que hay en el Toboso , que son muchos , antiguos y muy buenos. Á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea , por quien su Lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos , como lo ha sido Troya por Elena , y Es-

pañá por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan Vuestras Señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo, causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo y créelo todo: quando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y asi estoy en duda, si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldria con qualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos, que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifáltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les

faltarán quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los Gobernadores caballeros, y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo, para utilidad de Sancho y provecho de la Insula que gobernaré. Á este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quixote, quando oyéron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir picaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguiale y perseguiale el de la artesa, y procuraba con toda solitud ponérsela y encaxársela debaxo de las barbas, y otro picaro mostraba querérselas lavar. ¿Que es esto, hermanos? preguntó la Duquesa: ¿que es esto? ¿que quereis á ese buen hombre? ¿como? ¿y no considerais que está electo Gobernador? Á lo que respondió el picaro barbero: no quiere este señor dexarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo. Sí

quiero ; respondió Sancho con mucha cólera ; pero querria que fuese con tohallas mas limpias , con lexia mas clara y con manos no tan sucias , que no hay tanta diferencia de mí á mi amo , que á él le laven con agua de Angeles y á mí con lexia de diablos : las usanzas de las tierras y de los palacios de los Príncipes tanto son buenas , quanto no dan pesadumbre ; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa , peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas , y no tengo necesidad de semejantes refrigerios , y el que se llegare á lavarme , ni á tocarme á un pelo de la cabeza , digo de mi barba , hablando con el debido acatamiento , le daré tal puñada , que le dexé el puño engastado en los cascos : que estas tales cirimonias y xabonaduras mas parecen burlas , que gagsajos de huéspedes. Percida de risa estaba la Duquesa , viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho ; pero no dió mucho gusto á Don Quixote , verle tan mal adelinado con la jaspeada tohalla , y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina , y así haciendo una profunda reverencia á los Duques , como que les pedia licencia para hablar , con voz reposada dixo á la canalla : ola , señores caballeros , Vuesas

Mercedes dexen al mancebo , y vuélvanse por donde viniéron , ó por otra parte , si se les antojare , que mi escudero es limpio tanto como otro , y esas artesillas son para él estrechas , y penantes búcaros : tomen mi consejo y déxenle , porque ni él , ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho y prosiguió diciendo : no sino lléguense á hacer burla del mostrenco , que así lo sufriré como ahora es de noche. Traygan aquí un peyne ó lo que quisieren , y almohácenme estas barbas , y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza , que me trasquilen á crucés. Á esta sazón , sin dexar la risa , dixo la Duquesa : Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho , y la tendrá en todo quanto dixere : él es limpio , y como él dice , no tiene necesidad de lavarse , y si nuestra usanza no le contenta , su alma en su palma : quanto mas que vosotros , ministros de la limpieza , habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados , y no sé si diga atrevidos , á traer á tal personage y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas tohallas , artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores ; pero en fin sois ma-

los y mal nacidos, y no podeis dexar como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de véras, y así quitáron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fuéron y le dexáron, el qual viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la Vuestra Merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con ménos, sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer, que Vuestra Señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortes en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quixote, que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de

las ceremonias, ó cirimonias, como vos decis: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escudiril fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesias, con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y Don Quixote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir quatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á Don Quixote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.